

Prólogo a la segunda edición (2018)

¿Hortelanos o republicanos?

You're going to reap just what you sow¹

LOU REED

La primera edición de *Ciudadanos sin República* apareció el 2013, hace cinco años. Aunque el libro era y es una colección de artículos, en el ensayo introductorio propuse una tesis general sobre el Perú de inicios del siglo XXI que procuraba englobar el sentido de los textos compilados. Sostenía que el país estaba definido por la distancia que media entre el éxito del proyecto neoliberal y el fracaso del proyecto republicano. Y abogaba por reducir la brecha entre uno y otro pues sin una agenda republicana —que brinde prioridad a las instituciones, el Estado de derecho y el ciudadano como agente político—, el crecimiento económico conseguido y alentado por el proyecto neoliberal jamás nos llevaría por sí solo al desarrollo. Es decir, podríamos ser más ricos, pero no necesariamente desarrollarnos. Felizmente, sostuve entonces, el modelo económico nacional y su buen desempeño proveía una base material importante y necesaria para impulsar una agenda republicana.

Los cinco años transcurridos no han alterado mi diagnóstico. La distancia señalada es vigente. Lo asombroso es que no se haya hecho

¹ Cosecharás exactamente lo que sembraste (traducción propia).

CIUDADANOS SIN REPÚBLICA

casi nada en este lapso para atender las dimensiones institucionales que, como sabemos desde hace mucho tiempo, venían descomponiéndose. Es decir, sorprende que hayamos continuado en una vía que anticipaba la atrofia. Con sus propios acentos, tanto el gobierno de Humala como el de Kuczynski fueron ajenos a una agenda republicana. Por tanto, el diagnóstico objetivo de la primera edición de *Ciudadanos sin República* se mantiene válido. Sin embargo, lo que no puede responder aquel ensayo fundamentalmente teórico e histórico de hace cinco años, es la razón por la cual hemos sido incapaces de sacar al país de la inercia anti-institucional, aun cuando era urgente hacerlo. ¿Por qué cultivamos de forma necia el desinterés por el Estado de derecho, las instituciones y la democracia?

Para responder a esta pregunta, debemos descender del mundo de la teoría y aterrizar en los callejones de la política, sus ideas y actores. Es lo que realicé en este prólogo. En las páginas que siguen presento dos tesis principales. La primera es que la razón clave por la cual esta deriva no ha podido ser modificada reside en que nuestros líderes políticos, tecnocráticos y empresariales *optaron* por un proyecto de país que llamaré “hortelano”: uno que *elige* priorizar el crecimiento económico y menosprecia las preocupaciones de una agenda republicana. Es decir, más que padecer la ausencia de proyecto republicano, hemos sufrido su *deliberada* ausencia. El segundo argumento se deriva del primero: si sabíamos que el país cojeaba de la pata institucional y se insistió y aplaudió el proyecto hortelano, nadie tiene derecho a poner cara de sorpresa ante la “crisis presente” (robándole la expresión a Víctor Andrés Belaúnde); crisis originada casi por entero en deficiencias institucionales.

En este nuevo milenio hemos tenido dos grandes visiones políticas del país: la de Valentín Paniagua y la de Alan García. Republicanismo y hortelanismo, respectivamente, según mi propia terminología. Ambas comprensiones muy distintas de y para el Perú. Lo importante

es que se trata de proyectos políticos que fueron formulados desde el ápice del poder, no son disquisiciones puramente intelectuales. En una época dominada por el técnico y sus indicadores (¿o el indicador y sus técnicos?), se agradece la visión de ciertos políticos.

Comencemos con el republicanismo de Paniagua. Tal vez se haya olvidado, pero al asumir el gobierno de transición el año 2000, Paniagua estableció con meridiana claridad un horizonte de acción republicano. Su ascenso al poder se dio en dos pasos. Ante la debacle institucional y moral generada por el fujimorismo y la consecuente parálisis económica, Paniagua debió asumir primero la presidencia del Congreso y, unos días después, la presidencia de la República. En ambas posesiones de mando, brindó discursos donde esbozó sus ideas sobre el Perú y un programa que es, tal vez, la única articulación real y política de republicanismo que posee el Perú contemporáneo. Al asumir la presidencia del Congreso enunció con todas sus letras los objetivos del republicanismo, llamando a devolverle al país “su genuino derecho a gobernarse por obra de su voluntad y emanciparse de cualquier tutela o vigilancia que no sea la de su propia soberanía expresada libremente en las áforas” y a reconciliarlo “con sus instituciones”. Es decir, autogobierno y legitimidad de la política pública. Republicanismo clásico (para una elaboración detallada de esto, ver el ensayo introductorio de este libro). Cuando Paniagua asumió la presidencia de la República abrió el discurso hablando sobre la lealtad hacia la Constitución. Al tomar posesión del Congreso empezó evocando su Cusco natal, un guiño a las provincias postergadas por el centralismo fujimorista. Subrayó la importancia del Ande, en particular. En ambos discursos enfatizó la necesidad de *reinstitucionalizar* el país. Finalmente, hizo un llamado a “que nadie se sienta excluido” y a que el mecanismo de acción gubernamental fuese el consenso. Las cuestiones económicas apenas si las mencionó en la asunción a la presidencia del Congreso. En cambio, en el discurso presidencial se extendió más, al señalar la “insoslayable necesidad” de “buscar el equilibrio fiscal como elemento básico de la estabilidad económica”. Pero no era este el corazón de su propuesta. Sin arriesgar ciertos principios económicos, su

prioridad era la recuperación de las instituciones y su relación legítima con la ciudadanía. Al cuantificar sus dos discursos, encontramos que las palabras más usadas fueron “Gobierno”, “Constitución”, “pueblo”, “tarea”, “responsabilidad” y “democrática” (en todos los conteos de palabras que aparecen en este texto he eliminado términos genéricos e imprecisos como “Perú”, “todos”, etc.).

Aunque el gobierno de transición solo estuvo en el poder durante ocho meses, sus iniciativas de políticas públicas respondieron a la visión republicana. Se estableció una agenda con políticas específicas anticorrupción, el sombrío Ministerio de Economía creó una iniciativa de transparencia económica, las fuerzas armadas fueron despolitizadas y los organismos electorales, reencauzados para asegurar la voluntad popular. Como se aprecia, no solo hubo un discurso republicano, sino que se apostó por reformas destinadas a sanear la vida institucional del país. Pero fue un esfuerzo efímero. Nadie retomó aquellos principios políticos tras aquel gobierno de transición.

Más suerte tuvo el proyecto modernizador. En una serie de artículos alrededor de la metáfora de “el perro del hortelano”, García conceptualizó y enarbóló para el país un claro ideario de modernización por la vía económica. En especial en el primero de ellos, publicado el año 2007 en el diario *El Comercio* bajo el título de “El síndrome del perro del hortelano”, el entonces presidente presentó una limpia mirada hacia el país y su desarrollo. No es que García inventara este horizonte modernizador, pero tuvo el interés y la capacidad para ponerlo en blanco y negro y hacerlo público. Y triunfó. Pero antes auscultemos sus puntos centrales.

Para empezar, lo evidente: el título del programa se centra en el papel de quienes entorpecen la posible modernización del país. Ciudadanos que son perros del hortelano complotando contra el progreso. Es decir, desde el saque, el ánimo del proyecto es divisivo y belicoso con la ciudadanía. El primer párrafo establece su diagnóstico más general: el problema principal en el país es la abundancia de “propiedad ociosa”. Esta no recibe inversión ni genera trabajo. La cuestión esencial del Perú contemporáneo es, afirma

el expresidente, la propiedad privada. La Amazonía y el Ande necesitan (y esperan) a sus grandes inversionistas para así superar el subdesarrollo. Pero el proyecto enfrenta los escollos plantados por ciertos ciudadanos intoxicados de ideologías. El ecologismo envenena a la ciudadanía, tal como lo hizo antes el comunismo. Nuestro futuro, afirma García, está en “poner en valor los recursos que no utilizamos”, y, concluye afirmando que esto es “lo único que nos hará progresar” (las cursivas son mías).

Aunque este análisis cualitativo debería dejar claras las prioridades del proyecto hortelano, al sistematizar los textos encontramos que la evidencia cuantitativa del uso de palabras se condice con esto. La palabra más usada por García en aquellos artículos fue “millones”. Le siguieron “inversión”, “hortelano”, “perro”, “recursos” y “hectáreas”. En resumen, nuestro futuro descansa en el capital privado que pueda vitalizar tanto recurso ocioso y, no menos importante, anular, de alguna manera no especificada, a esos perros del hortelano que boicotean el progreso. En este ideario, el lector habrá notado, no existe preocupación alguna por el Estado de derecho, la democracia, las instituciones o la representatividad de los ciudadanos (para una interpretación alternativa del discurso hortelano, ver el texto de Paulo Drinot citado en la bibliografía de este prólogo).

Estamos, entonces, ante dos formulaciones muy distintas de aquello que el Perú debería procurar. El hortelanismo centrado en la modernización del país por la vía del fortalecimiento de la inversión privada y *contra* ciudadanos que atrasan al país y; enfrente, el republicanismo de Paniagua donde la puerta al progreso es, más bien, la legalidad y la ciudadanía como conjunto. En aquella, la sierra y la Amazonía son territorios con recursos; en esta son espacios con historia. La retórica de García es de enfrentamiento con lo más pobre de nuestro país, el de Paniagua es un discurso para el consenso nacional. Para el hortelanismo el progreso se origina en la economía abierta; para el republicanismo en la ley. Y, desde luego, tan importante como lo que afirman es lo que callan. En el hortelanismo no figura una palabra sobre el Estado de derecho o la democracia. En el republicanismo de Paniagua no se abunda en una hoja de ruta económica (aunque se le menciona más de lo que el hortelanismo considera cuestiones institucionales). Es decir,

repitámoslo, ambos programas tenían sus prioridades establecidas y aquello que postergaban también.

El mandato de Paniagua fue breve y su predica nunca encarnó en algún proyecto político posterior. Y hay que ser honestos, seguramente aquel proyecto también cargaba sus vicios y habría incubado sus propios desaciertos, no se trata de idealizarlo. Pero tampoco podemos ocultar el vínculo evidente que hay entre las que eran sus prioridades y el descalabro contemporáneo. En todo caso, lo que ha gobernado efectivamente el Perú durante estos últimos diecisiete años es el proyecto hortelano, es decir, el que defiende que el desarrollo es un derivado de la prioridad principal: la gran inversión privada.

Y con el paso de los años, estamos cosechando lo que sembramos. El proyecto hortelano triunfó y perduró. Logró mucho de lo que buscaba. El pico de la inversión minera en el Perú se dio entre 2005 y 2011, el consumo privado explotó entre 2006 y 2012, nuestra economía se expandió con gran celeridad y la pobreza se redujo en proporciones ejemplares. En resumen, muchas de las prioridades económicas del hortelanismo fueron conseguidas por nuestros gobiernos post-Fujimori.

Ahora bien, todo esto se logró porque se invirtió capital político, técnico y económico para sacar adelante el proyecto hortelano. No cayó del cielo. No se firman 17 acuerdos comerciales en 15 años por casualidad. Se impulsó decididamente la agenda de la gran inversión privada y la de la apertura de nuestra economía. Pero esa misma agenda positiva, vital y arrolladora respecto de las prioridades económicas, era muda, ya lo hemos visto, en muchos otros ámbitos. Entonces, a la vuelta de los años, somos más ricos —o menos pobres— pero huele a descomposición por los cuatro costados. Porque sin reforma del poder judicial, la corrupción nos secuestró; sin reforma política, los partidos se consolidaron como vehículos de representación lumpen; sin reforma del Estado, todos los gobiernos son ineficientes a la hora de gobernar; sin un proyecto empático hacia la ciudadanía, esta desprecia a sus políticos, desconfía de sus instituciones y sospecha de las grandes inversiones; sin priorizar la agenda del Estado de derecho ni la inversión en capital humano, la

economía que, antes levantaba vuelo fácilmente desde muy abajo, ahora planea bajito; sin fortalecimiento estatal diversas actividades ilegales se expandieron por el territorio nacional, martirizando la vida social y económica a vista y paciencia de todo el mundo. Y tal vez nada evidencie con más claridad estas dinámicas que el caso Lava Jato y la presencia de Odebrecht en el Perú. Las iniciativas del gobierno de transición partían de la concepción republicana según la cual actores privados y codiciosos debían ser regulados por las leyes de la república. Y eso no ocurrió. Jorge Barata era amigo de pellizco en nalga de lo más fino de nuestros políticos y empresarios. En fin, la crisis presente, está hecha de todo aquello que el proyecto hortelano *deliberadamente* consideró insignificante para el progreso del país: instituciones, Estado de derecho y ciudadanos.

Ahora bien, no caeré en la arrogancia paternal del “te lo dije”. El crecimiento económico aceleradísimo del Perú durante los 2000 y su abrumadora reducción de pobreza obnubiló a muchos. Y podría incluirme. Se confió, como en toda tesis modernizadora, que el éxito económico se traduciría en beneficios políticos e institucionales. Me incluyo porque mi libro del 2007, *Ni amnéscicos ni irracionales: las elecciones de 2006 en perspectiva histórica*, cargaba con algunas premisas asimilables a ese horizonte modernizador. Pero el mío era un optimismo muy tibio si se le compara al que cundió en el país. El hortelanismo fue un subidón de ánimos. Las altas tasas de crecimiento entre 2005 y 2011 dinamitaron el escepticismo. Todo era color éxito. “El Perú avanza” se volvió mantra. La confianza empresarial era dinamizada por unos bonos anuales espectaculares. Ni siquiera la presencia de Ollanta Humala en segunda vuelta de 2006 atemperó los ánimos. Lo importante para el argumento es señalar que no se celebraba la generación de riqueza (algo innegable y saludable a todas luces), se aplaudía que ella *era* el mismísimo progreso o, al menos, la vía hacia él. En el Perú el PBI no es un indicador económico, es la encarnación misma del éxito nacional.

Pocas cosas más reveladoras de esta confianza de amplio espectro en la economía que la adopción por parte de Jaime de Althaus del famoso axioma

de un marxista heterodoxo y modernizador como Barrington Moore: “Sin burguesía, no hay democracia”. En su libro de 2011, *La promesa de la democracia*, de Althaus usaba repetidas veces dicha formulación teórica. ¿Qué quería decir esto? Que la democracia es el derivado de un proceso económico y social que le antecede: el enriquecimiento y el establecimiento de una clase burguesa. O sea, la revolución capitalista que sacudía al Perú pronto pariría saludables retoños políticos e institucionales.

El hortelanismo, en síntesis, ganó en varias canchas. Se impuso intelectualmente, encarnó en rápidas y agresivas políticas públicas que perduraron en el tiempo, y estas se legitimaron y consolidaron gracias al crecimiento económico acelerado y a la reducción de pobreza; la fortaleza del proyecto hortelano demostró todo su poderío cuando el presidente Humala debió tragarse sus palabras de candidato y anunciar que “Congava”. Había entendido que los negocios van primero.

Sin embargo, a lo largo del nuevo milenio se fue abriendo una brecha. La conducción del país ha seguido atada al hortelanismo, mientras las ciencias sociales, internacionales y nacionales, mostraban que las relaciones entre crecimiento económico y desarrollo institucional no eran ni directas ni color rosa. Centrado en el Perú, John Crabtree llamó la atención tempranamente sobre esto en su libro *Making institutions work in Peru* (2006). Hugo Ñopo, en un libro comparativo de 2012, señaló que a pesar del gran crecimiento económico, las brechas étnicas y de género no disminuían, complotando contra el desarrollo. En *Qué se puede hacer con el Perú* (2013), Piero Ghezzi y José Gallardo abogaron por un Estado más activo para conseguir una mejor economía (nótese que el hortelanismo defiende lo contrario, mejor economía trae mejores instituciones). Moisés Arce, en 2014, documentó que la protesta social contra las grandes inversiones se debe mucho más a la fragmentación de la representación política que a ideologías envenenadoras o a la codicia. En un documento de trabajo para el Banco Central de Reserva (BCR), Lavado, Martínez y Yamada (2014) propusieron que el subempleo en el Perú crecía como producto de la liberalización del mercado de la educación superior. Carlos Ganoza y Andrea Stiglich publicaron *El Perú*

está calato (2015), donde proponían que sin una mejor representación la economía seguiría deteriorándose. Estudios más recientes como el de Ricardo Fort y Álvaro Espinoza (2017) han mostrado que, aun cuando el Estado cuenta con muchos más recursos, la ineficiente representación política y la fragmentación social malograron la calidad del gasto público. Jaime de Althaus, que había sido un adalid modernizador, publicó *La gran reforma* (2016), un libro muy bien documentado donde muestra que la revolución capitalista no hizo casi nada en materia de reforma de la justicia y absolutamente nada en la de la policía, a la vez que esboza caminos de reforma posibles. En resumen, y alineado con lo que *Ciudadanos sin Repùblica* (2013) proponía en su primera edición, toda esta producción intelectual señala que crecer económicamente está muy bien pero, a no ser que se incida con decisión política en una serie de áreas esencialmente institucionales y democráticas, nuestras posibilidades de progresar están destinadas al estancamiento. Era sabido, entonces, que la economía nacional, la democracia, la educación, el imperio de la ley, entre otras esferas, se degradarían si seguíamos posponiendo una real acción sobre ellas. Las cifras del PBI solo disimulan los problemas.

¿Qué quiero mostrar con este excuso intelectual? Que las premisas del hortelanismo se caían a pedazos desde hace mucho en el Perú y de manera obtusa se ha insistido en ellas. El *establishment* político, tecnocrático y empresarial a cargo del país en estos últimos años decidió seguir sobre el caballo desfalleciente del hortelanismo. Es más, siguió aplaudiéndolo. Aun cuando el resto parece haberlo olvidado, yo recuerdo que en la CADE se ovacionaba a Luis Miguel Castilla, ministro de economía de Humala y que había sido viceministro de García (unos años después los mismos que aplaudían decidieron que Humala había destrozado la economía peruana... ¿Y por qué, entonces, aplaudían a su ministro de economía?). Y cuando PPK fue elegido, el hortelanismo fue apapachado con renovada convicción: a reducir trámites y destrarbar inversión. Todo lo demás podía ser pospuesto. Reforma de la educación a la basura. Reforma del servicio civil congelada. Igualdad de género, al tacho. Mejoras a la representación política, postergadas. Brindar mayores facultades a las unidades anti-corrupción, al olvido. Los ppkausas

entregaron todas las tímidas iniciativas institucionales que había en el Perú. No les costó mucho. Con fervor hortelanista, priorizaron facilitarle la vida a los empresarios y postergar, una vez más, a las instituciones. Pero una década después del artículo de García, la receta ya no dio resultados. Pospusieron a las instituciones, y a cambio desaceleraron la economía, contrajeron la recaudación tributaria, y la pobreza volvió a aumentar. Ni soga ni cabra.

No quisieron darse cuenta de que el hortelanismo no daba más. Por un lado, esto se debe a que es una construcción ideológica muy poderosa en la derecha peruana. Por el otro, porque empujar iniciativas republicanas requiere de políticos empecinados y con convicciones, que no tenemos. Al menos para mí es impresionante que ante toda la evidencia intelectual, de datos y resultados políticos, el hortelanismo no haya sido abandonado. Algo tan elemental para el desarrollo como la reforma de educación y la igualdad de género fue traicionado sin mayores problemas por el ppkausismo. Pero el problema es que no es un asunto de un partido o de unos pocos actores, es un asunto de extendidas convicciones hortelanas. El lector puede buscar los artículos y editoriales aparecidos en el diario *El Comercio* y en *Perú 21*, por hablar de medios respetados, donde se cominaba al gobierno a que no peleara por la educación pues esto crisparía al país y la inestabilidad mermaría nuestra performance económica. Como es absolutamente evidente hoy, la contradicción entre pelear por la educación y generar crecimiento económico era y es una falsedad monumental.

Y si nos detenemos en varios de los comentaristas más influyentes del país, constatamos que son monolingües del idioma hortelano. Esto se hace evidente si analizamos columnas de opinión de los últimos años (es decir, cuando, como ya he mostrado, el hortelanismo hacía agua intelectualmente por todos lados). El economista Roberto Abusada, por ejemplo, quien ha sido un engranaje clave entre el sector privado y el Ministerio de Economía y Finanzas (MEF) durante más de veinte años, publicó entre febrero del 2014 y abril del 2018, 111 columnas de opinión en *El Comercio*. De lejos, la palabra que utilizó más veces fue “crecimiento” (382 veces), le siguieron “inversión”, “economía”,

“gobierno”, “privada”, “empresas”, “millones”, “precios”. La última de las palabras con relevancia en este análisis es “instituciones” (33 veces). La palabra “democracia” aparece 4 veces en las 111 columnas. O veamos las columnas de Gianfranco Castagnola, Presidente de Apoyo Consultoría, presente en los directorios más importantes del país y hombre cercano al gobierno de PPK. Procesadas las 36 columnas que publicó en el diario *El Comercio* entre junio del 2015 y abril del 2018, la palabra más empleada es “economía” (90 veces). Le siguen “gobierno”, “inversión”, “millones”, “empresas”, “crecimiento” y “proyectos”. La palabra “democracia” es utilizada dos veces.

Estas columnas, es importante recordarlo, no aparecen en la sección de economía de *El Comercio*, sino en la de opinión. Ellas procuran influir señalando una senda de *progreso* para el país, no una senda para la *economía* del país. No es casual que el premier Fernando Zavala repitiese los postulados del hortelanismo en un artículo del diario *El Comercio* en el cual explicaba la visión del gobierno de PPK y lo terminaba afirmando que “*solo* si somos capaces de echar a andar nuestra economía de forma sostenida podremos dar una respuesta adecuada a las demandas de nuestra ciudadanía en materia de seguridad, salud y servicios públicos esenciales” (las cursivas son mías). El lector puede retroceder unas páginas y constatar la similitud de esta frase final con la última línea del artículo de García una década atrás: el crecimiento era lo único que traería progreso. Contra toda evidencia, nuestra derecha hortelana cree que el sector interior o el poder judicial —ámbitos clave para enfrentar la inseguridad ciudadana, por ejemplo— solo mejorarán si nuestra economía se echa a andar. No se preocupe, lector, ya darán fruto las facilidades al empresariado, crecerá la economía y entonces, le aseguramos, podrá regresar a casa sin temor a ser cogoteado. Mientras tanto, buena suerte.

Ahora bien, este diagnóstico centrado en las *ideas* de quienes han estado a cargo del Estado —o influido sobre él—, debe ser completado observando el reciente desarrollo y organización de intereses particulares en la política peruana. Desde 1992 en adelante el poder se mudó por entero al Ejecutivo. Y ahí dentro, echó raíces en las oficinas a cargo de

regular el mundo económico. El país ha sido manejado esencialmente desde un aislamiento hortelano y tecnocrático. La política quedó a las afueras de esa isla autodescrita como de “eficiencia”. Afuera, aislada de la vida de las políticas públicas, la política ha ido creciendo centrada en intereses particulares. Hoy tenemos jefes de extorsionadores que son alcaldes para asegurar su impunidad, gobernadores regionales que son los cabecillas de las actividades ilegales más lucrativas de su región, y un congreso infiltrado de representantes de diversas actividades particulares: legisladores que no están ahí para representar el interés general, sino para conseguir una excepción tributaria para su compañía de transportes, asegurar que no se regule su universidad, negociar un mejor trato para las azucareras que representan, impedir que niñas y niños en el Perú sean educados en la convicción de la igualdad de oportunidades, etc. Este nuevo y fortalecido archipiélago de intereses particulares asedia al aséptico mundo hortelano. El desencuentro grave entre el ejecutivo de PPK y el legislativo de Keiko Fujimori lo ha transparentado con nitidez por primera vez. El hortelanismo preferiría que no existan, sabe que la búsqueda constante de excepciones y favoritismos es una forma de populismo dañina (la comprende, eso sí, cuando se trata de la gran inversión que engordará el PBI, pero no ésta de poca monta). No obstante, en última instancia, ambos terminan alineándose. Porque el tecnocrático hortelanismo no tiene ni la capacidad ni el interés de hacer la política requerida para disciplinar a esta multiplicidad de intereses buscando evadir la ley o conseguir un trato preferencial. Intentarlo generaría inestabilidad, “ruido político”, se podría perder la “confianza empresarial” y, ay, crecer menos, por lo cual es mucho mejor, una vez más, relegar la afirmación de un Estado de derecho que regule los intereses particulares en nombre del interés general. El hortelanismo, entonces, tiene una raíz social, ideológica, temporal y política muy distinta de este fortalecido archipiélago de intereses particulares en la política peruana, pero en una alianza contingente, son fuerzas que complotan mano a mano contra la posibilidad de una agenda republicana centrada en la legalidad general y, por tanto, en la defensa de la ciudadanía.

Para terminar, y tomándole la expresión a Luis Alberto Sánchez, es tiempo de realizar el balance y liquidación del hortelanismo. Su principal deficiencia no es lo que promueve, es lo que impide. No alcanza con el crecimiento económico y ni siquiera es cierto que pelear por reformas democráticas o en favor del Estado de derecho mermen la economía. Ésta, más bien, está paralizada por no hacer reformas que incidan en una mejor productividad, legitimidad de las autoridades, institucionalidad, capital humano (además de los factores puramente internacionales). Necesitamos que la agenda republicana sea una prioridad en sí misma, no por sus consecuencias sobre la economía. Lamentablemente, hasta hoy debemos escuchar a políticos y líderes de opinión convencidos de que en el Perú todo iba bien hasta que García dejó el poder. Es decir, implícitamente, confiesan que el hortelanismo era, es y debe ser, nuestro mapa hacia el progreso. Tal vez la vida en el país tenga que deteriorarse mucho más, para que el credo hortelano sucumba.

* * *

Cuentan que a las afueras del Town Hall de Filadelfia donde se preparaba la constitución americana de 1787 había un gentío aguardando conocer el documento que preparaban los *Founding Fathers*. Benjamin Franklin salió de la sala y uno de los ciudadanos ahí reunidos le preguntó: “¿qué cosa han preparado para nosotros?”. Franklin se detuvo y respondió: “una república... si consiguen conservarla”. La moraleja de la anécdota es evidente, el caparazón institucional republicano fracasará si la ciudadanía no se ocupa de mantenerla viva. Pero hay porciones de ciudadanía que importan más para este propósito. Es más difícil exigirle lealtad a las leyes de la república a quien pasa necesidades severas. Es comprensible cuando el compatriota en apuros materiales compromete las leyes de la república a cambio de un polo, un táper o la promesa de un puesto de trabajo (no digo que lo justifique, ni que aceptar el trueque sea una necesidad histórica impuesta por la carestía). Lo

que es inaceptable, en cambio, es que quienes tienen la vida resuelta estén tan fácilmente dispuestos a sacrificar el principio de legalidad, la igualdad ante la ley, la soberanía popular o, para suavizar el diagnóstico, a no pelear por ellos, si a cambio se puede construir un mejor clima de negocios. Eduardo Dargent publicó hace una década un libro al cual se suele citar equivocadamente. De tanto en tanto leo cosas del tipo “como dijo Dargent, seguimos siendo demócratas precarios”. Se olvida que su argumento era más filudo. Sostenía que el problema de la democracia peruana no es que *todos* seamos demócratas precarios, sino que nuestras *élites* lo son. El hortelanismo es —y me permito la audacia de ponerle un piso más a su argumento— el corazón filosófico de la precariedad democrática de la derecha peruana. La izquierda tiene las suyas, y de ellas me he ocupado, como queda claro en este libro. Sin embargo, para ser honestos, la izquierda ha sido marginal en la historia peruana reciente. Entre 1992 y 2016 nunca tuvo representación parlamentaria. Ni pincha ni corta. Más crítico para el país es este hortelanismo desentendido de la democracia, indolente ante la ciudadanía e indiferente ante aquello que debe hacer la vida más civil y civilizada, y no solamente más próspera. Bueno fuera que nuestro hortelanismo se hubiese indignado por los abusos de Fujimori en los noventa, que escribiese encendidos editoriales contra el intento de García por liberar al grupo Colina el 2010, que pechara al fujimorismo y al aprismo cuando modifican ilegalmente la constitución a través del Reglamento del Congreso, etc. Pero nunca ocurre. Arden en principios libertarios para reclamar la reducción de trámites. Somos hechura de esa derecha. De una derecha más fujimorista y alanista, que paniagüista o vargasllosista. Al igual que hace cinco años, estoy convencido que hay espacio para la mejoría. Creo que el hecho de que la izquierda no vaya a estar al mando del país pronto, combinado con el fracaso reciente de PPK y su elenco hortelanista, brindan la oportunidad para estrenar el coraje de unas prioridades políticas cercanas a lo que en este libro se denomina republicanismo. Y sino, habrá que seguir empeorando para un día mejorar.

Los textos que han sido agregados a esta nueva edición de *Ciudadanos sin Repùblica* aparecieron en diversos medios. Gracias al *New York Times en Español*, *El Comercio* y la revista *Poder* por brindar el permiso para reimprimirlos. Gracias a Jaime Bedoya por permitirme publicar aquí la entrevista que me hizo para *Somos (El Comercio)* antes de la caída del gobierno de PPK y que, sin planificarlo, terminó siendo una autopsia *pre-mortem* de ese gobierno. Debo agradecer también a Viviana Baraybar y María Claudia Augusto, incomparables asistentes, colegas y amigas. A Planeta las gracias por confiar —¡nuevamente!— en un libro que compila artículos políticos. Especialmente, gracias a María Fernanda Castillo.

Alberto Vergara

Washington D.C., mayo de 2018.

Bibliografía utilizada en el prólogo

- Arce, M. (2014). *Resource Extraction and Protest in Peru*. Pittsburgh, PA: University of Pittsburgh Press.
- Congreso de la República. (s.f.). Discurso al asumir la presidencia del Congreso de la República del doctor Valentín Paniagua Corazao, 16 de noviembre de 2000. Lima: Congreso de la República. Recuperado de: <http://www.congreso.gob.pe/Docsparticipacion/museo/congreso/files/mensajes/2001-2020/files/mensaje-2000-vp-asucion.pdf>
- Congreso de la República. (s.f.). Mensaje del Presidente Constitucional del Perú, doctor Valentín Paniagua Corazao ante el Congreso Nacional, el 22 de noviembre de 2000. Lima: Congreso de la

- República. Recuperado de <http://www.congresogob.pe/particion/museo/congreso/mensajes/mensajecongreso-22-11-2000/>
- Crabtree, J., ed. (2006). *Making institutions work in Peru: Democracy, Development and Inequality Since 1980*. Londres: University of London y Institute for the Study of the Americas.
- Crabtree, J., ed. (2006). *Construir instituciones: democracia, desarrollo y desigualdad en el Perú desde 1980*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, Universidad del Pacífico e Instituto de Estudios Peruanos.
- Dargent, E. (2009). *Demócratas precarios: élites y debilidad democrática en el Perú y América Latina*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- De Althaus, J. (2011). *La promesa de la democracia: marchas y contramarchas del sistema político en el Perú*. Lima: Planeta.
- De Althaus, J. (2016). *La gran reforma (de la seguridad y la justicia)*. Lima: Planeta.
- Drinot, P., ed. (2017). “Foucault en el país de los incas: soberanía y gubernamentalidad en el Perú neoliberal.” En *El Perú en teoría*, editado por Paulo Drinot, 225-253. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Fort, R. & Espinoza, A. (2017). *Inversión sin planificación. La calidad de la inversión pública en los barrios vulnerables de Lima*. Lima: GRADE.
- Ganoza, C. & Stiglich, A. (2015). *El Perú está calato: el falso milagro de la economía peruana y las trampas que amenazan nuestro progreso*. Lima: Planeta.
- García, A. (28 de octubre de 2007). “El síndrome del perro del hortelano”. *El Comercio*. Recuperado de https://elcomercio.pe/edicionimpresa/html/2007-10-28/el_sindrome_del_perro_del_hort.html
- Ghezzi, P. & Gallardo, J. (2013). *Qué se puede hacer con el Perú: ideas para sostener el crecimiento económico en el largo plazo*. Lima: Universidad del Pacífico y Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Lavado, P., Martínez, J., & Yamada, G. (2014). “¿Una promesa incumplida? La calidad de la educación superior universitaria y el subempleo profesional en el Perú”. Lima: Banco Central de Reserva del Perú, Serie de Documentos de Trabajo 2014-021. Recuperado de: <http://www.bcrp.gob.pe/docs/Publicaciones/DocumentosdeTrabajo/2014/documento-de-trabajo-21-2014.pdf>
- Ñopo, H. (2012). *New Century, Old Disparities: Gender and Ethnic Earnings Gaps in Latin America and the Caribbean*. Washington, D.C.: Inter-American Development Bank y World Bank.
- Vergara, A. (2007). *Ni amnésicos ni irracionales. Las elecciones peruanas del 2006 en perspectiva histórica*. Lima: Solar.
- Vergara, A. (2013). *Ciudadanos sin Repùblica: ¿Cómo sobrevivir en la jungla política peruana?* Lima: Planeta.
- Zavala, F. (13 de noviembre de 2016). “Por un Estado más ágil y moderno”. *El Comercio*. Recuperado de: <https://elcomercio.pe/opinion/collaboradores/agilmorden-fernando-zavala-148145>